

Augusto d'Halmar

Quito uno y quedan dos

I

DIERON las nueve y media. Con las piernas un tanto adormecidas, el visitante se había puesto en pie, para examinar los adornos del bufete, y Osvaldo ya desesperaba de encontrar un tema que pudiera hacerles pasar el rato.

—¡Este Lemus!—dijo, en tono de reconvención.

Y añadió, juzgando necesarias otras explicaciones:

—Porque es a él, a quien esperamos para ponernos a la mesa.

—¿El Comandante Lémus?

—Precisamente. Desde que llegó, come con nosotros. ¡Ya ve usted, tenemos tan a lo lejos el placer de vernos y somos tan amigos!

Tocaba su cuerda y no trató de saber si parecería interesante. Ya en la Escuela Naval, habían pertenecido al mismo curso; pero entonces no se miraban bien; fué después, cuando el viaje de instrucción que hicieron juntos. Nada recordaba Osvaldo, sin pensar en

Lemus y él también no debía de conservar mejores recuerdos de ninguna de sus navegaciones.

—Usted no le conoce bien, Pedro; es todo un hombre.

Su oyente asentía, con movimientos de cabeza que a nada comprometían. Había vuelto a su asiento, y el silencio les embarazó otra vez.

—¿Pasamos al comedor?—propuso una voz musical, al tiempo que una mano de mujer entreabría la cortina.

—¡Oh, Dora!—Osvaldo consideró su reloj, con un gesto desolado.—Todavía cinco minutos.

Un movimiento de impaciencia agitó los pliegues de felpa; entonces él se volvió, un tanto confuso, hacia su invitado.

—Digo... Si Miranda no lo tiene a mal.

—¡Oh!—protestó éste.—¡Es temprano todavía!

La mano dejó caer el portier y volvieron a quedarse solos.

II

Una de las ampolletas no lucía. Osvaldo se empujó para ajustarla.

—¡Qué alumbrado! ¿eh?... Como le iba diciendo: con Lemus hemos sido grandes camaradas. ¡Y no seguramente de aventuras, pues aunque parezca liviano de carácter, conmigo es otra cosa! Desde que me retiré de la marina ya no pudimos llevar una vida tan íntima y hasta mi matrimonio se hizo en su ausencia, con su

promesa de apadrinar el chico que no hemos tenido; sin embargo, nuestro afecto sigue siendo el mismo.

Esta vez fué su interlocutor quien consultó el péndulo, con una ojeada maquinal. La ampolleta había vuelto a apagarse, y de la calle subía el ruido de los tranvías y el rodar sordo de los autos.

—¡Vaya, vaya!—murmuró, golpeándose distraídamente la rodilla.

En la habitación contigua, volvió a sonar la voz femenina.

—¿No vienen ustedes? Perdona, pero si tardan se va a echar a perder todo.

—Bueno, ya vamos—interrumpió el dueño de casa, resignado.

Y saliendo al vestíbulo, dió una orden al criado, por si Lemus llegaba.

III

—Has hecho retirar su cubierto cuando todavía puede venir—observó al sentarse a la mesa.

Dora señalaba el sitio del comensal, con su suavidad silenciosa. Después se volvió hacia su marido.

¡Déjanos en paz con tu amigo! ¿Qué no estas viendo que ya son más de las diez?

En ese instante sonó el timbre, y Osvaldo dió un grito de alegría.

—¿Ves? ¡ahí le tienes! ¡Si no podía faltar!

Entonces ella tuvo su minuto de desasosiego, hasta que el criado trajo un telegrama.

Pero ni siquiera era de Lemus, y el amo se lo arrojó, furioso.

—¿No tengo dicho que no quiero que me molesten a horas de comida? ¡Devuélveselo al mensajero, imbecil!

IV

La comida empezó un tanto tirante, sin que se hubiera podido determinar la causa. Les iba ganando el malestar y ni el anfitrión lo disimulaba.

—¡Es extraño!—dijo de repente.

Se detuvo para darle a elegir vino al huésped. El criado cambiaba las fuentes.

—Prefiero tinto. Gracias. ¿Qué decía usted?

—¿Yo? ¡Ah, sí! Que es extraño que Lémus...

Tuvo que interrumpirse otra vez, porque Dora daba una orden en voz alta.

Pedro Miranda, cambió de golpe el tema, pasando a interpellarla sobre sus novedades de piano, y la conversación rodó acerca de la música. Ella se defendía diciendo que, aunque no tenían niños, no le quedaba tiempo para estudiar, ya muy distante aquél en que lo hacía horas de horas. Su interlocutor, durante las pausas, intercalaba cualquier galantería.

—¡Así también llegó usted a dominar el teclado!

—¿No es cierto?—intervino Osvaldo.—¡Quién pudo decir que yo iba a privar a los amateurs, de su Dora Téllez! Ahora es la señora de Garín, nada más que de Garín y, para oírla, hay que dirigirse a mí

Recobraba su buen humor, a medida que iba hablando. Los platos circulaban ya menos en silencio y las copas se veían tan pronto llenas como vacías.

—A la salud del que tanto se ha hecho desear, del ausente—brindó el amigo, mirando a Garín.

Este levantó su copa, agradecido; pero, cuando iba a apurarla, se quedó en suspenso.

—¿No nos acompañas, Dora?

—Perdona—objetó ésta de mal modo—acabo de beber.

Volvió a condensarse la atmósfera, como si aquel algo extraño, se hubiese interpuesto otra vez entre todos. El no se contuvo ya.

—¿Querrá usted creer; Pedro, que mi mujer tiene celos de Lemus, como de una rival? Cuando me casé yo esperaba con inquietud el momento en que los pondría frente a frente; pero todo se pasó bien y él y ella se trataron desde luego como hermanos. Ha sido ahora último que, de la noche a la mañana, su presencia en esta casa se ha hecho punto menos que intolerable para la señora.

A través del tono zumbón que adoptaba, se traslucía su sincero pesar. La señora no vió sino el ridículo de aquella escena hecha delante de un extraño.

—Es que estás demasiado empapado en tu amigo—adujo, con la expresión particular con que decía siempre «tu amigo».

—¡Siquiera lo conocieses mejor, Dora!

Su marido le devolvía la mano en el mismo tono.

—¡Demasiado!—avanzó ella, a media voz.

El se reía, con una risilla mortificante.

—¡Ya, ya! No debiera haberme sorprendido que hayais congeniado tan poco. Tú no eres la que puede apreciar sus méritos.

Aquellos tiroteos de palabras tomaban un mal sesgo y el tercero en discordia, que se sentía importuno y sentía que había estado inoportuno, aventuró cualquier frase para distraerlos. Pero sonó a hueco y no hizo sino poner en evidencia la situación.

—¿Quieres decirme qué piensas de mi hermano?—interrogó Osvaldo, afrontando bruscamente a su mujer.

Ella calló.

—¿Ves? ¡Si ni siquiera sabes lo que piensas y, por un capricho tonto, me estás amargando la vida!

Dora, confusa, rompió a llorar y, como no se le escapase la inconveniencia de todo aquello, quiso abandonar el comedor; pero Osvaldo la retuvo por un brazo.

—¿Qué pensará el señor Miranda?—gemía ella, tratando de desasirse.

—Pedro nos excusará—afirmó el otro con convicción—pero tú... No quiero que vuelva a suceder esto ¿oyes?

—¡Es que estás ciego, Osvaldo!—gritó entonces con indignación.

El la había soltado y esperaba, con los labios comprimidos. De improviso, la cólera por aquel escándalo, su mal humor de antes, todo estalló en un reproche acerbo.

—¡Mujeres, mujeres! ¡qué perfidia, qué indignidad! No se detienen en nada a trueque de salir adelante con su rencor. ¡Intrigante!

Las lágrimas habían desaparecido del bonito rostro y ahora salió, con un paso casi tranquilo. Osvaldo se ponía vino, sin mirar a su compañero de mesa, cuando ella estuvo de vuelta.

No hizo sino dejar una esquila, sobre el mantel, cerca de las flores, y volvió a irse.

V

Osvaldo alargó el brazo. El papel estaba reducido a muchos dobleces, y sus dedos temblaban al desplegarlo.

Lo recorrió de una ojeada; sólo su mano temblaba cada vez más, como en un acceso de perlesía.

Volvió a leer de abajo arriba, con interrupciones que parecían descansos o desfallecimientos. Bruscamente, devuelto a la realidad del momento, guardó aquello en el pecho y se volvió a su vecino, con una sonrisa penosa.

—¡Cosas de mujeres! ¿eh? ¡Cosas de mujeres!

Se había puesto en pie, y le cedió la delantera, para pasar al salón, donde les esperaba el café.

VI

—¿Vienes a hacernos un poco de música?—preguntó con naturalidad, viendo que Dora iba a reunir-

seles.—Miranda, sobre todo, te lo agradecerá: ¿no es así, Pedro?

—¡Oh!—exclamó éste, desahogado.—La señora ya se lo figura.

—¿Beethoven? ¿Chopin? ¿Qué preferirías?

Se dirigía a su esposo, sin levantar la vista, como arrepentida de su ligereza. El había recuperado su exquisita finura.

—Pedro es un aficionado inteligente y él te dirá; por mí es indiferente. A esta hora del café, mientras se fuma, cualquier música tiene su encanto particular, muy vago, como si nos sacase de la realidad.

Sentada ya al piano, Dora continuaba hojeando sus cuadernos. El dilettante la secundaba, y Osvaldo Garín había cerrado los ojos, invadido, al parecer, por un bienestar soñoliento.

De tiempo en tiempo, no más, un estremecimiento como un escalofrío, le recorría de pies a cabeza; pero no alzaba los párpados y sólo cuando la música empezó, él ahogó en un bostezo el suspiro que le subía de lo más profundo de su ser.

Conturbada por aquellos silencios que se hacían entre pieza y pieza, la artista tocaba una tras otra. El contertulio había tomado, como hombre de mundo, su partido, y filosóficamente se entregaba al placer de aquella buena música, tan nerviosamente interpretada.

—¡Bella música! ¡bella! ¡bella!—declaró Osvaldo, durante uno de los intermedios.—Nos saca de la realidad; de esta realidad tan baja.

El auditor aprovechó la ocasión, para prevenir que deseaba retirarse. Quería pasar un momento al club y . . .

—¿Al club? Yo le acompaño.

El otro lamentó su indiscreción. Estaba seguro que allá se encontrarían los dos hombres, porque el marino se llegaba todas las noches por la sala de juego.

Y Dora, mientras bajaba la cubierta del piano, presa de mayor ansiedad de momento en momento, se preguntaba cómo haría para prevenirle a Miranda, que no perdiese de vista a Osvaldo. No, en su interior éste no podía estar tan sereno como en apariencia: pero casi temía más quedarse con él, a solas, que dejarle marchar.

En el apretón de manos de la despedida, trató de comunicarle algo de estos pensamientos al amigo.

VII

Durante todo el trayecto, Osvaldo Garín habló de mil cosas indiferentes, con una volubilidad nerviosa. Su acompañante, que había comprendido algo, calculaba lo que podía suceder.

Ya en el club, en una salita reservada, aquella charla continuó sin interrupción. Los ojos le brillaban al charlador, mientras se volvía a cada momento hacia la puerta.

—Es que espera que aparezca—pensaba su compañero.—Y la idea de prevenir al marino, le pasaba por

las mientes: sin que se atreviese, por temor a infundir sospechas.

A eso de la una hizo su entrada el Comandante Lemus. No había dejado su capa en el guardaropa y su figura parecía más airosa entre los amplios pliegues. Con las manos extendidas iba en derechura hacia su amigo, que poniendo las suyas en los bolsillos, retrocedió un paso.

—Escúchame antes. Cuando me dirigía a tu casa . . .

Pero al solo aspecto de Osvaldo, comprendió que no se trataba ya de la comida de esa noche; entonces ensayó una sonrisa, mirando sucesivamente a los dos paisanos.

—Se trata de que hagas la elección—dijo Osvaldo, con voz contenida;—elige.

Lemus retrocedió a su vez, ante el relampagueo de un arma. Unicamente después vino a ver que su amigo tenía también una carta en la otra mano.

—Sólo te advierto—continuó éste—que si la prefieres, será preciso que te la comas.

Permaneció ofreciendo sus dos manos, pálido, inmutable. De la sala de juego llegaba el ruido de las fichas. Y sin embargo su corazón latía con violencia, porque él también jugaba con su ex amigo, una partida decisiva. La carta o el revólver. ¿A qué clase de hombre habría amado durante tanto tiempo? Ese papel, tan cobarde, en el que no había ni la excusa de una pasión, la traición, la afrenta, ¡todo quedaría solventado, si su primer ademán era el de un hombre!

—Elige.

El único espectador de aquella escena, trató de intervenir.

Mas el marino había ya tomado su resolución. Con la punta de los dedos enguantados de blanco, había cogido el papel y, haciéndolo un pelotoncito, se lo llevó a la boca.

Osvaldo Garín no quiso ver más.

—¿Vamos, Pedro?

Volviendo el revólver al bolsillo, salió otra vez con su acompañante.

VIII

Esta vez guardaron silencio en el camino. Marchaban, marchaban, sin saber bien por dónde. Era la hora de la salida de los teatros y, en el fondo de los carruajes, al resplandor fugitivo de los reverberos, se distinguían montones de sedas blancas, joyas, flores, toda una visión de lujo.

Después tomaron por un paseo solitario. Apenas aquí y allá, alguna pareja solapada en los escaños. Una estatua; después un jardín con sus surtidores de agua; torcieron por una calle.

—¿No sube usted, Pedro?

Lo había venido acompañando hasta la puerta de su casa, como si se tratara de despedir un duelo, y ahí, a la luz que caía de los balcones, se estrecharon la mano tristemente.

—Mi mujer vela todavía; yo también tengo que escribir... ¡Adiós, Pedro!

IX

Sí. ¡Adiós!... Tenía que escribir mucho... Las eternas cartas que nada dicen, al juez de instrucción y al comisario. Los comerciantes del puerto, tendrían al día siguiente, para comentarios. ¿Qué lo impulsó al suicidio? ¿Se trataba de una quiebra? ¿Habría sido por algún vencimiento? Sólo un testigo hubiese podido poner la verdad en su punto.

Pero, a la vuelta de un año, aquél, como todas las relaciones del Comandante Lemus, recibió el parte de su matrimonio:

¡Y era tan sencillo! «Lemus participa a usted su enlace con la señora Dora Téllez viuda de Garín».